

tratar de cosas que solo correspondían a los soberanos. No había prensa política, y la de noticias y literaria era rudimentaria; las diferentes clases de la sociedad se mantenían rigurosamente separadas a manera de castas ó gremios; la comunicación hasta de un lugar á otro, y más de un país alemán al otro, era difícil por causa de los gobiernos, que la entorpecían, y de consiguiente rara, lenta y sujeta á grandes molestias. El alemán vivía entonces en su limitada esfera, obediente, sin otro horizonte más que su situación material, y en cuanto á la sentimental é intelectual (salvo algún centro privilegiado donde dominaban y entretenían el culto de lo bello como Goethe y Thiek), reducido á un poco de música, teatro y novelas de una vulgaridad y superficialidad increíbles. Le entusiasmaban las novelas melosas y sensuales de Clauren, y si tenía pretensiones de idealista, las vaciedades sentimentales de Juan Pablo Richter, que se llamaba á la francesa *Jean Paul*. La publicación de un nuevo almana-

que literario era un gran acontecimiento, y cuanto más insustancial era su contenido, más ideal parecía al público. Los hombres más graves no conocían ni imaginaban otra unión nacional para los alemanes que la del idioma y de las letras, y sin saberlo acertaban ya por apaperecer á la superficie, súbita explosión del genio literario alemán en el último tercio del siglo pasado resultó, en efecto, ser la cuna del sentimiento de nacionalidad, que se fué desarrollando en Alemania pausada pero constantemente al rededor de los luminosos focos comunes de Klopstock, Lessing, Schiller y Goethe. Incoloro y tético se presentaba entonces el pueblo alemán entre las demás naciones, pero en su interior los gérmenes de una nueva vida pugnaban ya por aparecer á la superficie, desarrollarse al calor fecundante de los progresos modernos y desbaratar en su día los cálculos miserables y mezquinos de los hombres de los congresos de Carlsbad y de Viena, que habían creído poder ahogar las ideas del progreso, producto



El Panteón bávaro en Munich

construido en 1843 por Klenze, con la estatua de la Bavaria, modelada por Schwanthaler, desde 1837 hasta 1842, y fundida en bronce por Miller en 1850. Mide este monumento unos veinte metros de alto y la estatua pesa 64,177 kilogramos. En la cabeza, á donde conduce una escalera interior, caben seis personas

de una gestación de siglos, cuando ya habían salido á luz é irradiaban por todas partes desde los puntos en que nacieron.

Ninguna medida gubernativa logró impedir que la juventud alemana, en las poesías patrióticas, provocadas y fomentadas en tiempo de las campañas contra los ejércitos de Napoleón, bebiera el entusiasmo por la patria y por su libertad; y el mismo romanticismo, no obstante su vaciedad y sus demás defectos, ejerció una influencia benéfica sobre las ciencias y las artes, y con más razón sobre la poesía, á la cual hizo bajar de las alturas olímpicas á las cosas patrias, populares y sencillas, despertando así el amor á la historia, á la lengua y á las artes patrias. En Alemania la educación literaria y científica (lenguas clásicas é historia antigua principalmente) fué la que precedió á la era de la educación política.

Con grandísima sorpresa empezaron los alemanes á descubrir que la Edad media, tenida por salvaje y bárbara, fué para sus antepasados una época de gloria; y entusiasmados fueron sacando del moho y podredumbre de siglos lejanos toda una edad de oro de la poesía alemana amorosa y épica cortesana. El romanticismo alemán, tan insulso y sensual como general y dominante, sacó de estos restos un nuevo entusiasmo por aquella humanidad ya extinguida, con su sumisión á la Iglesia de Roma, con las ceremonias augustas y fastuosas de

esta, con las instituciones caballerescas, la división en brazos, castas y clases, condenando en cambio sin remisión todas las teorías é innovaciones modernas, engendros de pueblos no germánicos. Este entusiasmo bien cultivado no ha podido ni pudo entonces impedir ciertos progresos científicos, que por lo pronto nada ofrecían de peligroso, como los estudios filológicos, que condujeron á la ciencia lingüística. Los hermanos Grimm y Lachmann fundaron el estudio científico del idioma alemán; á excitación del ilustrado barón de Stein formóse en 1819, en Francfort del Mein, la sociedad para la historia alemana antigua, que tenía por objeto reunir y publicar, con observaciones críticas, documentos y obras alemanas antiguas. Federico de Raumer, con su *Historia de los Hohenstauffen* facilitó por primera vez á las clases instruidas la ocasión de estudiar la grandeza y gloria pasadas del pueblo alemán. La historia se popularizó y adquirió influencia en otros ramos del saber; Niebuhr demostró con el ejemplo de los romanos lo que puede dar de sí un pueblo robusto y viril, con sus fuerzas propias; Savigny asentó la ciencia del derecho sobre bases históricas en contra de las fantasías abstractas de Rousseau; Hegel mostró la base histórica en que se apoyaba la organización política de los países alemanes y trató de probar que era el único modo de ser racional para el pueblo alemán; Rottek, en su *Historia Universal*,

trabajo de muy escaso ó ningún mérito ni literario ni científico, ejerció, sin embargo, una gran influencia sobre sus lectores con su glorificación de la libertad, su amor patrio y energía nacional, y su odio á la arbitrariedad y al despotismo; Leopoldo de Ranke, por fin, el maestro de los historiadores alemanes, en descripciones y estilo clásicos, hizo comprender á la parte pensadora de sus compatriotas las leyes generales de la historia.

Hubo además otro progreso. Los alemanes doctos, que hasta entonces solo habían estudiado y escrito en su gabinete, entre sus libros, sin cuidarse para nada del resto del mundo en cuanto no tenía que ver con su especialidad, empezaron á mostrarse al público, como sucedió cuando en 1828 se reunió por primera vez el primer congreso científico alemán, el de naturalistas, fundado por Oken y presidido por Alejan-

dro de Humboldt, en el cual los hombres de ciencia de Alemania adquirieron un sentimiento de nacionalidad común y de corporación. Era creencia general en Alemania y en el extranjero que los alemanes, el pueblo pensador, estaban destinados á no tener jamás derechos políticos ni afición á intervenir en sus destinos; pero este era un error, porque justamente el cultivo de las ciencias es el que ha engendrado el espíritu nacional alemán sin que ninguna disposición de policía haya podido impedir que nacieran en las personas instruidas pensamientos políticos. Desde las cátedras de las universidades é institutos penetró la idea nacional en las clases instruidas y se hizo una potencia espiritual, que se extendió con tanta mayor fuerza cuanto más empezaba á repugnar la existencia y más se sentían los inconvenientes de tanto pequeño monarca, dueño independiente y absoluto en



El Museo Nuevo en Berlin, construido según los planos de Schinkel

su reducido territorio de fronteras caprichosas, leyes diferentes y ordenanzas molestas. Aunque fué lento este movimiento nacional, mucho había ya adelantado en 1830, desde 1816, en cuyo año pudo decir Hegel, sin ser contradicho por nadie, en su discurso de admisión entre el profesorado de la universidad de Heidelberg, que «el beneficio principal de la redención de la Alemania del yugo francés consistía en que los alemanes podían dedicarse otra vez á la conservación del fuego sagrado de la filosofía.»

El arte lo mismo que la ciencia tomó su giro nacional en Alemania, despertando de su profundo letargo y sin dejar de ser universal. El saqueo de iglesias y conventos en los países del Rin, cuando estuvieron bajo el dominio francés, había tenido su lado bueno: el de sacar á luz gran número de obras de arte, ocultas y cubiertas de polvo secular en rincones olvidados, á donde las habían relegado siglos bárbaros. Mucho destruyó la ignorancia cuando los saqueos, pero mucho salvaron hombres patriotas que conocieron el valor artístico de estos tesoros, súbitamente sacados á luz, como Bertram y los hermanos Boisseré en Heidelberg. Esto contribuyó grandemente á aumentar entre los alemanes el entusiasmo por la Edad media, que tan bien se armonizaba con su romanticismo, y á impulsar el naciente pero serio cultivo

de las artes en su país, arrollando por completo la tendencia hácia la antigüedad clásica, iniciada por Carsten en Roma. Allí fué donde el nuevo arte alemán, enamorado de su Edad media, se reveló por primera vez, siendo sus representantes principales Overbeck y Cornelius, aquel en la pintura religiosa y este en la profana. No tardó en encontrar el arte dos asilos también en Alemania, en Munich y Berlin. En la capital de Baviera, Cornelius ejecutó la primera obra en su patria, hermozeando con sus frescos la giptoteca que el príncipe real Luis había hecho construir desde 1816. Este príncipe, protector y amigo de las artes, hizo de la capital de Baviera una ciudad nueva. Su intención era convertirla en la Atenas del Norte, para cuyo embellecimiento habían de contribuir la arquitectura, la escultura y la pintura. Cerca de Regensburg construyó un panteón que llamó *Valhallá*, en el cual reunió bustos de varones célebres alemanes, y cerca de Kehlheim erigió, para conmemorar las guerras de redención de la Alemania del yugo napoleónico, el templo de la fama, la *Ruhmeshalle*.

El rey de Prusia Federico Guillermo III, asesorado por su hijo, heredero de la corona y amante de las artes, quiso también hacer algo por estas, bien que procediendo con tacto y teniendo en cuenta los limitados recursos del tesoro, y no

precipitadamente, como el entusiasta príncipe real bávaro. Había ya celebrado el arte su renacimiento a una nueva vida en Berlín con el magnífico sepulcro de la reina Luisa, hecho por Ranch, amen de varios trabajos, ó mejor dicho, estudios hechos por el arquitecto Schinkel y el escultor Schadow. Ranch trasladó su taller de Carrara á Berlín, en 1819, para fundir en bronce las estatuas de los héroes militares de la Prusia. La primera estatua fué la del general Blucher, modelada por Schadow, para la ciudad de Rostock, en 1818. El mismo Schadow es autor del monumento de Lutero en Wittemberg. En 1818 fué erigido también en una pequeña eminencia cerca de Berlín un monumento para conmemorar la victoria de las armas prusianas sobre las francesas. Schinkel demostró en muchas obras, así como en el teatro, su talento en adaptar á las modernas las formas clásicas griegas. La catedral que el piadoso rey había pensado erigir en acción de gracias por los grandes triunfos de Alemania, quedó en proyecto por falta de recursos. El pintor francés David rechazó la invitación del gobierno prusiano para establecerse en Berlín, pero en cambio Cornelius formó un centro artístico en Düsseldorf, reuniéndose en torno suyo artistas como Schadow, Hildebrandt, Hübner, Sohn, Lessing y otros, los cuales formaron una escuela que conservó las tradiciones de su maestro.

Tampoco quedó rezagada la música; Weber compuso la de las poesías de Goethe y el *Freischütz*, acertando en todo con el gusto popular alemán, lo mismo que Schubert en sus canciones, verdadero tesoro nacional.

¡Qué exuberancia de fuerzas nacientes, de frutos exquisitos y de progreso intelectual! ¿Podía caber duda sobre quién vencería, si la pesada y gruesa capa de hielo que oprimía por arriba al pueblo alemán ó las ondas que iba moviendo por debajo una primavera intelectual?

Un movimiento análogo pudo observarse entonces en todas las naciones europeas, que sin excepción obedecían á un impulso general hácia adelante en la esfera intelectual y en la del sentimiento, resultando un cambio mutuo de ideas que dió nueva fuerza al movimiento especial de cada pueblo. Este movimiento lento y pausado, pero poderoso y constante en el inglés, violento, apasionado é impaciente en el francés, influyó por uno y otro lado sobre el alemán, forzando y facilitando su despertar y el advenimiento de una nueva era.

CAPITULO V

FRANCIA

El año 1823 señala con leve diferencia un cambio importante en la vida intelectual del pueblo francés. En el período de la restauración anterior al año 1823, eran realistas y ultramontanos los literatos de mas talento, á saber, De Maistre, Bonald, y sobre todo Chateaubriand; pero desde entonces fué entrando en escena una nueva generación que no había visto el antiguo régimen en sus bellos tiempos, y era, en cambio, hija de la gran revolución de 1789. Esta se abalanzó con toda su exuberancia juvenil sobre todos los ramos intelectuales, historia, filosofía, literatura y poesía. Era, según dijo Royer-Collard, una nación nueva, una juventud impaciente de saborear la libertad y de desplegar su actividad; y Sainte-Beuve decía: «Subíamos ansiosos una colina sin saber lo que veríamos una vez arriba.» Lo característico en este movimiento fué la estrecha unión de la política con la literatura, casi exclusivamente en sentido liberal, en cuyas filas figuraban todos los hombres notables en literatura, ciencias y artes que tanta fama dieron á la Francia. También llegó la elocuencia parlamentaria á una altura que no ha vuelto á

alcanzar desde entonces. Hasta las ciencias positivas modernas cobraron nueva energía y lustre con representantes como los arqueólogos Quatremere de Quincy y Estéban Quatremere, los orientalistas Silvestre de Sacy, Champollion y Abel Remusat, los naturalistas Arago, Cassini, Matthieu, Cuvier, Ampère, Gay-Lussac y Jussieu, el economista Juan Bautista Say, todos grandes lumbreras en sus diferentes ramos. El foco, sin embargo, de todo este movimiento intelectual, resplandeciente en la segunda parte de la restauración, eran las clases que varios talentos jóvenes y elocuentes abrieron en la Sorbona, como Villemain, que trató de la literatura francesa del siglo pasado; Víctor Cousin, que explicaba la historia de la filosofía, y Guizot, que como el anterior había estado condenado á un silencio forzoso por la recelosa reacción, y que describió la historia de la civilización moderna. Lo mas selecto de la sociedad francesa llenaba las aulas, y las lecciones, tomadas en taquigrafía y publicadas por la imprenta para facilitarlas á los que no podían oír las de viva voz, fueron arrebatadas y devoradas apenas salían de las prensas.

La ciencia histórica, entonces moderna y poco cultivada, adquirió una importancia súbita con la tendencia de sus principales cultivadores á fundar la justicia y la lógica de sus opiniones políticas en la historia. A. Thierry, en su historia de la conquista de Inglaterra por los normandos, y Barante, en la de los duques de Borgoña, trataron de probar que los gérmenes de la libertad del pueblo deben buscarse en la Edad media. Entre todos los historiadores de aquella época, el que mas influyó en el espíritu de la nación y en la opinión pública fué Adolfo Thiers. Había llegado á París con su amigo Mignet, joven y sin mas recursos que su talento y su voluntad de hierro. Manuel, el diputado terrible de la oposición de quien hemos hablado, le introdujo en casa de Lafitte, donde pronto fué el concurrente mas asiduo. De corta estatura y voz fina, maneras poco elegantes, pero maestro en el arte de la conversación, de concepción rápida y penetrante, sabía de todo y hablaba de todo con la seguridad de un especialista. Literato y periodista, trabó luego relaciones con todos los literatos célebres, y siendo temido por sus contrarios políticos y buscado por sus correligionarios, llegó á ser en poco tiempo una de las personas mas conocidas de París. En 1823 dió á la estampa el primer tomo de su *Historia de la Revolución*. Hasta entonces todos los que habían escrito sobre este período, menos la señora de Stael, cuyas *Consideraciones sobre la Revolución francesa* solo llegaban hasta 1789, lo habían condenado sin remisión por sus delirios sangrientos y demás atrocidades. Apareció Thiers y presentó á sus compatriotas en su obra la apología de la revolución, explicando sus horrores como una consecuencia forzosa y natural, justificando hasta el reinado del Terror, porque salvó á la Francia de la invasión extranjera y la engrandeció con la conquista del Rin, su frontera natural. En esta obra explayó Thiers todo su poderoso y noble sentimiento nacional francés, mucho mas impetuoso que su liberalismo, de modo que su libro resultó una marsellesa historiada y la revolución francesa quedó inmortalizada, tanto que desde entonces ha sido el orgullo de todo buen francés, y Guizot tuvo razón cuando dijo: «No estaba tan concluida la revolución como se creía.»

Por aquel tiempo pasó la poesía francesa por la misma transformación que ya habían sufrido la alemana é inglesa, pues de rigurosamente académica se convirtió en romántica. Habiendo hecho saber la señora de Stael á sus compatriotas los franceses en su libro: *De l'Allemagne* (Cosas de Alemania), que al otro lado del Rin vivía un pueblo que tenía una literatura propia y muy notable, y habiéndose también enterado de ella los emigrados franceses mas ilustrados

durante el tiempo de su expatriación, la filosofía alemana empezó á tener adeptos á orillas del Sena, y hasta Lessing, Goethe y Schiller, simultáneamente con los ingleses Shakespeare y Byron, entraron en el horizonte de los franceses. Esto sucedía cuando Lamartine con sus *Meditaciones*, Delavigne con sus *Mosenias* y Víctor Hugo con sus primeras odas, anunciaron la llegada de una nueva generación de poetas, que diferente de sus vecinos del otro lado del Rin, al hacerse romántica no dirigió la vista atrás sino hácia adelante; se hizo romántica moderna, liberal y práctica, abandonando á la vez que las formas clásicas y académicas, cuya autoridad había sobrevivido á la gran reforma política y social, el entusiasmo por las ideas monárquicas y por el cristianismo. Su romanticismo, según dijo Víctor Hugo, era en la poesía lo que el liberalismo en el Estado, ó sea en el campo político, es decir, que la poesía se hizo opositora. Respecto del clasicismo, había dado ya el ejemplo Chateaubriand con su *Genio del Cristianismo*; pero si exteriormente pasó también á la oposición, no fué por convicción sino por despecho de no haber recogido mas que ingratitud por parte del rey, para quien era sumamente antipático y que además sospechaba que intrigaba contra su ministro Villele. La gratitud que pretendía Chateaubriand crear merecerla por haber abogado tan valerosamente en favor de la intervención francesa en España, que él mismo llamaba su obra maestra, su *Renato* político. Su actitud ambigua en los debates sobre la conversión de la renta, á cuya aprobación el gobierno daba grandísima importancia, indignó tanto á Luis XVIII que exoneró al ministro poeta en junio de 1824, en términos que exasperaron su furor hasta el parásitismo; y el realista y reaccionario ardiente, pero «cuyo corazón jamás había latido fuertemente por los reyes,» como él decía (1), se hizo enemigo irreconciliable de la dinastía borbónica.

Otro enemigo, irreconciliable también y mas peligroso, de los Borbones, fué Beranger. Ningun otro poeta ha sabido como él, en sus canciones y coplas entusiastas, ridiculizar en versos bellos y pintorescos, pero terriblemente irónicos, á los emigrados legitimistas, las necesidades de la corte y las intrigas del clero, halagar los instintos del pueblo y socavar el respeto debido á la autoridad. Beranger contribuyó mas que nadie á crear y popularizar la leyenda napoleónica, al *cabito*, á quien antes tan cruelmente había satirizado en su *Rey de Yvetot*.

Toda la poesía se había pasado á la oposición.

La dramática conservó mas tiempo las tradiciones reglamentarias del clasicismo. Scribe fué quien empezó á emanciparse de ellas, sacando sus personajes y argumentos de la época en que vivía; pero Alejandro Dumas fué el primero que, en 1829, en el teatro Francés, santuario de las tradiciones clásicas, hizo representar sus dramas románticos, principiando con el: *Enrique III y su corte*, trabajo por cierto bastante pobre. Los autores dramáticos de la escuela antigua se quedaron atónitos ante semejante sacrilegio, é indignados solicitaron en una petición el auxilio del rey para salvar la memoria de Aristóteles y Boileau contra la irrupción de la barbarie inglesa y alemana; pero el rey Carlos X tuvo el buen tacto de contestarles: «¿Qué quieren Vdes. que haga? Yo no ocupó mas que un asiento en el teatro, lo mismo que ustedes.» Aquel mismo año se representó en el teatro Francés el *Otelo* de Shakespeare, y pocos meses después el *Hernani* de Víctor Hugo.

Las artes experimentaron la misma transformación que las letras; se despojaron de la opresión fría y rígida de las reglas vetustas para dar á sus productos la naturalidad y variación

de que carecían. En la pintura se hicieron célebres Scheffer, Delacroix, Ingres, Horacio Vernet, Delaroche, Robert, y en la música Boieldieu, Auber y Rossini (2), que abrieron el camino del romanticismo.

Para el desahogo de las pasiones y para las discusiones políticas estaba abierta la arena del periodismo, que á pesar de la severa ley de imprenta de 1822 había adquirido, como toda la prensa en general, una extensión é influencia asombrosas, siendo también en su mayoría de la oposición. En 1814 salieron de las prensas francesas 45,500,000 pliegos sin contar los periódicos; en 1820 se imprimieron ya 81 millones y en 1826 hasta 144,500,000 pliegos. La prensa periódica se aumentó en el mismo período desde 46 millones hasta 669 millones de pliegos. Gran aceptación tuvieron en 1823, las *Tablettes historiques*, cuando su editor Coste se rodeó de colaboradores jóvenes y de talento como Thiers, Mignet, Remusat y otros. Chateaubriand, desde el momento en que perdió toda esperanza de reconquistar la gracia del rey, hizo en el *Journal des Débats* cruel guerra á sus antiguos colegas, diciendo que el ministerio estaba muerto y solo faltaba enterrarlo. No prosperó menos el ramo de los folletos, siendo los mas venenosos de la oposición los de P. Courier. La fundación del periódico *Le Globe*, por Pedro Leroux y Dubois, en 1824, señaló un nuevo período de desarrollo de la prensa periódica. Contaba Leroux con una pléyade brillante de talentos jóvenes, todos en política liberales sin ningun afecto dinástico, entre los cuales figuraban Remusat, Vitet, Duchâtel, Duvergier d'Hauranne y Sainte-Beuve, que discutían en el citado periódico, además de las cuestiones políticas, cuestiones filosóficas, sociales, religiosas, históricas y literarias, al alcance del público instruido, contra la filosofía sensualista, egoísta y estéril del siglo pasado, contra Voltaire y los enciclopedistas, pidiendo libertad para todo y para todos, hasta para la religión y los jesuitas. La *Revue française*, fundada en 1828, revista escrita con gran talento, rebosando de ideas profundas y brillantes, fué órgano del partido doctrinario, de los Guizot, Broglie, Barante y otros. Las nuevas ideas penetraron rápidamente por todos los poros en el cuerpo social, dejando mas y mas reducidos y aislados á los que conservaban el culto de los Borbones, el amor al trono absoluto, á los privilegios de la nobleza, del clero y de los establecimientos monacales y el fanatismo devoto. Así, para no dejar el campo enteramente al genio moderno, los individuos de la alta aristocracia tuvieron que echar mano, bien ó mal, de la prensa y entrar en el palenque periodístico, olvidando que esto habría parecido á sus soberbios antepasados una mancha infamante en sus blasones.

El partido legitimista se cuidaba poco, sin embargo, de este movimiento, porque el triunfo que creía haber obtenido con la campaña española le había dado las esperanzas mas halagüeñas, y en efecto, aunque aquel paseo militar hacia asomar una sonrisa de desprecio á los labios de los veteranos del imperio, que habían visto á Borodino y á Leipzig, no dejaba de ser para los legitimistas un motivo de seguridad el hecho innegable de que el ejército francés peleaba fiel á su bandera, aunque esta fuese la blanca de los Borbones. De todos los augurios siniestros de los liberales ninguno se había cumplido; ningun síntoma alarmante se observaba en el ejército, al parecer muy contento de ser mandado en jefe por un Borbon, el duque de Angulema. Todo esto exaltó tanto el ánimo de los legitimistas que sus esperanzas y pretensiones ya no respetaban límites y no pararon hasta que de exigencia en exigencia produjeron, siete años después, la caída

(1) Véase su *Congrès de Verone*, tomo II, pág. 217.

(2) No vemos la razón por qué haya de citarse á Rossini como compositor francés. (N. del T.)